

CUENTOS POPULARES MEXICANOS

RECOPIADOS Y REESCRITOS POR

Fabio Morábito



ILUSTRACIONES DE

Abraham Balcázar · Israel Barrón

Manuel Monroy · Juan Palomino

Ricardo Peláez · Isidro R. Esquivel

Santiago Solís · Fabricio Vanden Broeck

Siruela



cf FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

Biblioteca de Cuentos Populares



EL CUENTO DE LOS CHANGOS

Español-Nayarit

Éste era un rey que tenía tres hijos. Cuando llegaron a grandes, le pidieron permiso para irse lejos, a ver qué les ofrecía la vida. El rey les dio su bendición y los tres se fueron juntos. Poco después decidieron separarse y cada uno agarró su camino. Regresaron después de cierto tiempo. Los tres ya tenían novia y le pidieron dinero a su padre para casarse con ellas y traerlas a vivir al castillo. Su padre les dio el dinero y los tres volvieron a marcharse, quedando de verse después de un año en el mismo lugar donde se separaron la primera vez. El mayor y el del medio encontraron el camino correcto, pero el menor fue a dar a una sierra que nunca había visto. Iba perdido en su caballo cuando de pronto escuchó que le gritaban:

—¡Alto ahí! ¿Quién vive?

Se vio rodeado al instante por una escolta de soldados, armados hasta los dientes y uniformados. Se detuvo en seco, y cuál no fue su sorpresa cuando se dio cuenta de que esos soldados eran changos.

—¡Quiubo! A ti te estamos hablando, ¿estás sordo o qué? —lo confrontó uno de los changos, que parecía el comandante de la tropa.

Él no podía creer que los changos hablaran y dijo con voz trémula:

— ¡Hombre, dispense, es que no los oí!

— ¿Qué andas haciendo por estos lugares?

— Ando extraviado, iba para tal parte y me perdí en el camino.

— ¡Qué extraviado ni que ocho cuartos! Andamos tras tus huellas desde hace mucho tiempo. Eres un bandido que se roba los bienes del rey, y ahora por fin te hemos agarrado. ¡Amárrenlo! — ordenó.

Tres changos uniformados lo sujetaron y amordazaron con cuerdas. Bajaron por una barranca muy confusa hasta llegar a un peñasco grande donde estaba un portón, y allí había un guardia. Entraron por una puerta estrecha y en seguida apareció ante el muchacho una ciudad muy grande, una ciudad llena de changos. Adonde miraba uno, changos y más changos. Era para no creerse.

Lo llevaron ante el rey, que era también un chango, y el rey le dijo que por fin lo habían capturado, después de andar tras él durante tanto tiempo. Ordenó que lo metieran a la cárcel y que al otro día lo fusilaran.

Resulta que mientras los guardias lo escoltaban para llevarlo a prisión, la hija del rey lo vio desde su cuarto y se enamoró al instante de él. Fue a hablar con su padre y le preguntó qué delito había cometido aquel hombre. El rey malició en seguida que le había gustado y, como era su hija adorada y no quería causarle ningún dolor, fue aplazando la ejecución del prisionero, manteniéndolo encerrado en espera de que a su hija se le pasara el capricho. Pero a su hija no sólo no se le pasó el antojo, sino que cada día crecía en ella el deseo de entrar en trato con el prisionero, y un día llamó a su criada más fiel y le dijo:

— Ve con el preso, le llevas este desayuno y le dices que se lo manda la hija del rey.

La criada cumplió el mandado. Al otro día la princesa le mandó también la comida y la cena, y todas las veces el prisionero le mandó dar las gracias. Por fin, un día la princesa le dijo a su criada:

— Dile al reo que esta tarde voy a salir al balcón y que él se arrime a uno de los barandales para que nos demos unas miraditas.

La criada le comunicó el mensaje al prisionero y éste, en la tarde, salió ansioso al barandal, pero lo único que vio fue una changa que andaba

colgándose de la barandilla, así que después de aguardar un tiempo razonable se metió.

La princesa llamó a su criada y le dijo:

—Ve a decirle al reo que estoy muy sentida con él, porque no me mostró ningún aprecio.

Va la criada a darle el recado al prisionero, y éste le contesta:

—Pero si yo no vi a ninguna princesa durante todo el tiempo que estuve mirando. Sólo había una changa colgada de la barandilla.

—¡Pues quién crees que era la changa sino la misma princesa! —le espetó la criada.

El hombre comprendió su error. Había esperado ver a una princesa de verdad, olvidando que allí todos eran changos, incluidos el rey, la reina y su hija.

—Pues dile que estoy disponible para la próxima vez.

La criada fue a comunicárselo a la hija del rey y quedaron de verse esa tarde. Él salió a los barandales y ella se colgó con la cola de la barandilla de su balcón, pelándole los dientes y haciendo todo tipo de maromas. Como él no paraba de reírse, la changa pensó: «¡Ya amarre novio!», y fue a ver a su padre.

—Papá —le dijo—, quiero que me concedas un favor.

—A ver, hija, dime.

—Que me dejes hacerle una visita al preso y llevarle una comida.

—Bueno, si eso quieres, por mí no hay problema —dijo su padre.

La hija preparó una comida muy sabrosa y se la llevó al reo a su celda. Allí le dijo a su criada que se fuera porque quería estar a solas con el prisionero, y una vez que la criada se marchó, le dijo:

—¿Sabes? Yo no he venido sólo a traerte comida. Yo deseo casarme contigo.

El hombre se hizo para atrás, espantado. No se echó a correr porque no había por dónde. La changa prosiguió:

—Si aceptas casarte conmigo, yo arreglo las cosas con mi papá para que no te fusile. Pero antes quiero saber qué piensas.

Él se puso a pensar y no tardó mucho en llegar a una conclusión.

—¡Sí me caso! —exclamó.

La princesa fue a ver en seguida a su padre y le dijo:

—Papá, vengo a pedirte una merced y me la vas a conceder.

—A ver, hija.

—Quiero casarme con el reo.

El rey dijo:

—¿Crees que no me había dado cuenta de que te gusta? Desde el primer momento me percaté, por eso no lo mandé fusilar —y llamando a su guardia le ordenó que trajera al prisionero.

Se hicieron los arreglos de la boda y de ahí a poco se realizó el casamiento. El rey les obsequió un palacio sólo para ellos y la princesa estaba feliz, brincaba todo el tiempo sobre el hombro de su esposo y sobre su cabeza, hacía mil maromas y no dejaba de besuquearlo. En cuanto a él, sonreía para que no se le viera la tristeza y todo lo aguantaba. Y más triste se puso cuando, pasado un tiempo, se acercó el plazo que él y sus hermanos habían acordado para encontrarse. De la tristeza perdió el apetito y sólo quería dormir. Hasta que la princesa le preguntó qué tenía y él le confesó la verdad:

—Mira, yo tengo padre y madre, y tengo dos hermanos. Y hace un tiempo mis hermanos y yo salimos de nuestra casa a buscar fortuna, nos separamos en un cruce de caminos y quedamos de vernos cuando se cumpliera un año, para ir juntos con nuestras esposas a casa de nuestro padre. Y bueno, yo no puedo ir.

—¿Pero por qué? —preguntó la changa.

—Porque veo que soy un reo y aquí me tengo que quedar.

—¡Mi vida! —exclamó la changa—. ¡Qué reo ni qué nada! Eres mi esposo, el heredero de la corona. Vamos ahora mismo a hablar con mi padre.

Lo agarró de la mano y fueron a ver al rey.

—Venimos a hacerte una visita, papá —le dijo al rey cuando los recibió en su palacio.

—Vamos a ver de qué es la visita —respondió su padre.

La hija le contó del plazo que su esposo había acordado con sus dos hermanos para encontrarse.

—Muy bien. ¿Y? —preguntó el rey.

Entonces ella le dijo que él estaba seguro de que no podría acudir a la cita porque creía que estaba prisionero en el palacio.

—¡Por Dios, hijo! ¿Cómo se te ocurre decir eso? —exclamó el rey—. A la hora que gustes puedes ir a ver a tus familiares.

—Si es así, quisiera ir pronto, porque ya se va a vencer el plazo para encontrarnos.

La hija del rey le dijo a su padre:

—Papá, yo también quiero ir a conocer a mis suegros y a mis cuñados.

—Por supuesto que acompañarás a tu marido —dijo el rey.

El muchacho se dijo para sus adentros: «Tan pronto como salgamos del castillo, la mato, y llego limpio a mi casa».

Pero el rey mandó llamar a uno de sus generales y le ordenó:

—Alista un batallón completo, porque tienes que acompañar al príncipe y a la princesa. Mañana mismo partirán. Y recuerda que los príncipes están a tu cuidado, y si algo les pasa, vas a responder con tu vida.

Oído eso, el príncipe pensó: «¿Y ahora cómo le hago? Podría matar a uno o dos changos, pero a todo un batallón es imposible», y se resignó a su mala suerte.

El carruaje real partió al otro día con su formidable escolta. Había soldados adelante, atrás y a los lados.

Los hermanos del príncipe, cada uno acompañado de su esposa, ya habían llegado al lugar de la cita y estaban esperando a su hermano menor. De pronto vieron levantarse una gran polvareda en el camino y uno de ellos le dijo al otro:

—¿No será nuestro hermano el que llega ahí?

—¿Cómo crees? Ese que viene ha de ser el convoy de algún personaje principal. Nuestro hermanito llegará a pie o, cuando mucho, montado en una mula.

El cortejo se fue acercando y cuando llegó donde estaban los dos hermanos, éstos vieron con asombro que se trataba de un séquito de puros changos, todos ellos uniformados y disciplinados, armados de bayonetas que relumbraban al sol. Hasta los que jalaban el carruaje eran changos, y

cuando éste se detuvo justo frente a ellos, vieron que era elegantísimo, con adornos de oro puro que brillaban bajo la luz del mediodía. Pero su asombro no tuvo límites cuando vieron a su hermano menor sacar la cabeza y saludarlos con la mano:

— Hermanos, buenas tardes.

— ¿Eres tú? — exclamaron —. ¿Qué haces ahí?

El príncipe abrió la portezuela y bajó. Les dio un abrazo, y los hermanos le presentaron a sus esposas.

— A sus órdenes — les expresó —. Permítanme ahora presentarles a mi esposa.

Salió la changa del carruaje dando una maroma y las dos esposas salieron corriendo del susto. Los dos hermanos extendieron tímidamente sus manos.

— Mucho gusto — dijeron.

— El gustazo es mío — dijo la princesa con una sonrisa de oreja a oreja.

Hechas las presentaciones, los hermanos le preguntaron al príncipe qué planes tenía y él les dijo que se habían puesto en camino desde muy temprano y necesitaban descansar, por lo que pensaba pasar la noche en ese lugar y proseguir el viaje al día siguiente. Los hermanos estuvieron de acuerdo en pernoctar allí, pero mentían, porque cuando oscureció desaparecieron junto con sus esposas y en cosa de un par de días llegaron a la ciudad donde vivía su padre. Le presentaron a sus esposas y cuando él les preguntó si tenían noticias del hermano menor, le dijeron:

— Tu hijo viene en camino, pero por favor reúne tu ejército sin tardanza, porque viene con todo un batallón armado.

— ¿Me están pidiendo que lance mi ejército contra mi propio hijo?

— Padre — dijeron ellos —, el batallón que trae es muy especial, no son soldados normales sino changos, puros changos uniformados y cada uno con bayoneta. Hasta su esposa es una changa, es una princesa changa y él es el príncipe de los changos. No sabemos de qué son capaces esas bestias y vienen para acá.

Su padre meditó un momento y dijo:

— No voy a hacerle frente a mi hijo, esperaré a que llegue para saber cuáles son sus intenciones y entonces veremos.

Llegó el batallón del príncipe y entró en la ciudad, causando un susto tremendo a la gente, que se encerró en su casa al ver a aquellos changos armados. El hijo fue a ver a su padre, lo abrazó y le presentó a su esposa. La changa se le trepó en la cabeza al padre e iba a hacer lo mismo con la mamá, pero ésta se desvaneció del susto. Cuando recobró el sentido, se metió a su palacio y le pidió a su marido que no dejara entrar a aquel animal.

— Pero mujer, es la esposa de nuestro hijo — dijo el rey.

— ¿Una changa? Si se le ocurrió casarse con una changa es su problema, yo no quiero esa bestia acá adentro.

El rey le preguntó a su hijo cuánto tiempo pensaba quedarse en la ciudad y él le respondió que un par de meses. El padre le dijo entonces:

— Es mucho soldado el que traes, hijo, y ya ves cómo se puso la gente. Si te vas a quedar, tendrás que irte a las afueras de la ciudad. Allá en la colina pueden acampar a gusto.

El hijo bajó la cabeza. Esperaba otra acogida de su padre, pero no quiso contrariarlo, llamó al general y le dio instrucciones para que se pusieran en marcha en ese mismo momento, pues allí no eran bienvenidos. El batallón de changos y todo el séquito se pusieron en marcha y llegaron a la colina, donde acamparon. Pero la princesa era una changa emprendedora y cuando comprendió que no les darían permiso de volver a la ciudad, dio órdenes de construir un palacio. Si se iban a quedar un tiempcito en la colina, más valía estar cómodos. Se pusieron todos a trabajar como locos y en un par de semanas habían construido un palacio muy espacioso y bonito.

Poco tiempo después el rey anunció que pensaba ir a visitar a sus tres hijos, tanto a los dos que vivían en la ciudad con sus esposas, como al menor de ellos, que se había instalado en la colina con su changuerío. Cuando recibieron el anuncio, la changa le dijo a su marido:

— Cuidado, porque de seguro tu padre no va a venir solo, sino con su ejército. Harías bien en decirle al general que tenga listos a sus soldados, por si a tu padre se le ocurre atacarnos.

Después de saludar a su hijo mayor y al del medio, el rey se dirigió a la colina. En efecto, lo hizo acompañado de su ejército, porque no se sentía seguro frente a tanto chango armado. Pero también venía mucha gente de

la ciudad al séquito de la tropa, ansiosa de ver a los changos. El rey llevaba música de banda y toda la cosa, y cuando llegaron a los pies de la colina, se detuvieron. La changa le dijo a su esposo:

—¿Qué esperas para ir al encuentro de tu padre? Lleva tú también la banda, pero que no toquen nada hasta que los músicos de tu padre hayan terminado.

Así lo hizo el príncipe, sacó del palacio el batallón completo y fue al encuentro de su padre a los pies de la colina. La banda del ejército paterno sonaba sin parar, pero hubo un momento en que necesitaron tomar aliento, y en ese momento el príncipe dio orden a sus músicos de ponerse a tocar. Y lo que tocaron fue tan bueno, que los de la banda del rey se sintieron avergonzados. Entonces el príncipe les dijo a la tropa y a la gente que venía escoltando al rey, que se pasaran adentro del palacio, porque iba a haber una gran fiesta. La princesa los recibió en la puerta del gran salón, y al rato dio comienzo el baile. Entonces la princesa le dijo al príncipe:

—No quiero que bailes más que conmigo, pero no ahora, sino al rato, cuando todos se hayan cansado. Entonces me sacarás a bailar para que todo el mundo nos vea.

El pobre príncipe ya se imaginaba las burlas de sus conciudadanos cuando lo vieran bailar un vals con una changa. Iba a decir algo, pero ella lo interrumpió y le dijo:

—No he terminado. Quiero que de pronto, en medio de nuestro baile, te enfades conmigo y me grites que yo no sirvo para bailar, y que me agares de las patas y me avientes contra la pared con todas tus fuerzas.

El príncipe la miró consternado. A pesar de que era una changa, empezaba a quererla.

—¿Estás loca? Si hago lo que ordenas, te mato.

—Haz como te digo y no te preocupes.

Pues así lo hicieron. Miraron cómo todo el mundo bailaba y cuando la gente empezó a cansarse, el príncipe se puso de pie y anunció que iba a bailar un vals con su esposa, la princesa. Todo el mundo se hizo a un lado y ellos dos ocuparon el centro del salón. Empezaron a bailar y de pronto el príncipe se paró en seco y le gritó a su esposa de mala manera:

— ¿No te has visto lo mal que bailas?

La agarró de las patas, le dio una voltereta en el aire y la aventó contra la pared. Todos gritaron, pero el grito se les ahogó en la garganta cuando vieron surgir a una muchacha bellísima. Al instante, también los demás changos del séquito se transformaron en seres humanos. ¡El encanto se había roto! En la ciudad del rey de los changos ocurrió lo mismo, porque toda la ciudad estaba encantada, y todo el mundo regresó a sus semblanzas humanas.

En el salón, la gente miraba a la bellísima princesa con más asombro que cuando era una changa, tanta era su hermosura. El rey y la reina se acercaron y pidieron perdón por haberse burlado de ella. En cuanto a los soldados del batallón, no cabían en sí del gozo por haber recuperado su forma humana. ¿Y qué decir del príncipe? Si siendo changa ya empezaba a querer a su esposa, imagínense cómo la quería ahora que se había transformado en una muchacha bellísima.